

# NOTAS DE AÉRES Y TIERRAS

LA historia de más de cien años de España ha sido resumida donosamente por el ilustre don Benito Pérez Galdós en cuatro series de novelas muy entretenidas, — LOS EPISODIOS NACIONALES—y cuya lectura pone insensiblemente al lector al tanto de los hechos políticos, militares y sociales de España desde mediados del siglo XVIII á mediados del siglo XIX. Y no son solamente los hechos sino algo más interesante que los hechos mismos—meras resultantes—sino de la psicología del pueblo español, dentro de cuyos oscuros recovecos se encuentran los verdaderos factores, los gérmenes vivos, las invisibles pero seguras causales de más de un movimiento, de más de una forma trascendental de la vida política, de más de una ley de progreso, y de más de un factor de regresión en el proceso evolutivo de la sociabilidad española.

El último tomo publicado ó sea el octavo de la cuarta serie de los EPISODIOS NACIONALES, se titula *La vuelta al mundo en la Numancia* y nos toca muy de cerca pues en él se ocupa extensamente el insigne novelista de la aventura de 1866, en que se pusieron en pié de guerra loca la antigua metrópoli y varias de las repúblicas sud americanas. Don Benito con una gran sinceridad y una visión de las cosas serena á la par que bonachona, juzga los acontecimientos con tal tino y tal delicadeza, que el libro no puede ofender el más susceptible patriotismo de los *chauvinistas* de España y de las repúblicas guerrreadoras del 66.

Cuando en 1902 tuve ocasión de conversar con el insigne novelista sobre el argumento del libro,—que ya lo tenía ideado y que me esbozó rápidamente—me permití observar las dificultades de fijar la verdad histórica sobre el éxito de una acción bélica—el combate del 2 de mayo—que tanto el Perú como España consideraban y festejaban como una victoria respectivamente. Y don Benito con una sagacidad bonachona—sin aceptar las conclusiones del capitán Novo y Colson en cuyo libro seguramente se ha documentado—se limita á narrar los hechos repartiendo dedadas de miel á diestro y siniestro ó afectuosas censuras que no hieren ni resienten.

Describiendo á las limeñas—dice don Benito sugerido por románticas leyendas:—«Por lo poco que vieron los oficiales, al paso y de refilón, reconocían y declaraban que era la hija de Lima, traslado fiel de la mujer de acá, más bien refinada que desmerecida en sus cualidades..... Solo por las mañanas cuando iban á misa se las veía entapujadas con exquisita gracia y travesura, sin dejar ver más que los ojos: el misterio, el juego del tapa y destapa los hacia más ardientes y luminosos, más afilados de malicia ó recargados de amoroso fluido. Por junto al suelo se veían los pies chiquitos y se apreciaba el andar ligero..... andar de gacelas, cuando

van al paso.» Al describir el paseo de los oficiales por Lima:—«Vieron y examinaron exteriores ampulosos de parroquias y conventos, y á cada paso descubrían rastros del pasado, que confirmaban el parentesco entre los observadores y las cosas observadas. Clarísimo resultaba el rastro de la superabundancia frailuna, y el paso de la Inquisición había dejado huellas indelebles. La fiereza española, todo lo grande de la raza, y todo lo violento y vicioso adherido á lo grande, permanecían escritos allí en cosas y personas, con más vivos caracteres que los que aun conserva en su propio rostro la madre común.» Hay un diálogo muy interesante entre uno de los marinos de la *Numancia* y un *chapetón* pulpero que amaba al Perú tanto como á su patria.—«Pues volviendo al porqué de esta campaña te diré que el gobierno de la Isabel no supo lo que hacía cuando nos mandó á ese almirante Pinzón. No es que yo le quite su mérito y circunstancias á ese buen general de Marina que nos mandasteis; pero hablemos claro. Por los pelos del diablo que no era Pinzón hombre para estas incumbencias delicadas..... A cada brindis que echaba en las comilonas, ceceando como buen majo andaluz, se armaba una gran tremolina. Cosas decía con la idea de meter miedo, para que temblaran todas estas Américas, como si aun se sintiera en el suelo, á la vera de los Andes, las patadas de aquel bárbaro y grande hombre que llamaron Francisco Pizarro.... Para echar lo á perder nos mandaron también al señor Salazar y Mazarredo que por las ínfulas y prepotencias que se traía cayó muy mal aquí. Y lo que mayor enojo levantaba era el título de *Comisario Regio* que sonaba como el nombre de *Virey* ó cosa tal..... ¿Y qué te diré de la ocupación de las islas Chinchas, que fué como quitarle al Perú el corazón y el estómago? Los españoles no querían ser la buena madre sino la madrastra de América. «Antes de describir el combate—descripción no exenta, á pesar de todo de cierto españolismo muy justo en un novelista que borda y recama la historia de su patria—expone don Benito con exactitud el papel de la escuadra. «Incapaz la torpe diplomacia para dirimir las cuestiones pendientes entre España y las Repúblicas; ciegos los gobiernos de acá y de allá, y encasillados en ridículos puntos de amor propio, quedó la Marina sola, con toda la responsabilidad sobre sí, á tres mil leguas de la patria, y obligada á proceder con acción tanto diplomática como militar, hasta dar por liquidada y conclusa una empresa cuya finalidad era tan oscura en el terreno comercial como en el político.» Y en otro sitio dice: «Hasta entonces solo íbamos ganando la malquerencia de las Repúblicas. España al fin y al cabo pagaba las culpas de sus diplomáticos y de sus gobernantes. Toda guerra debe tener una finalidad militar ó mercantil: los fines de la nuestra en el Pacífico no se veían claros, como no fueran el fin